

—El cielo os premie tantos beneficios, dijo la Abadesa á Guido. Bien sabeis que todos los dias ruego á Dios por nuestro bienhechor, y pido que le colme de sus mercedes.

—Fra Filippo, ¿quereis ser poderoso como un príncipe?

Le preguntó Guido á Lippi.

—Ciertamente.

—Yo os daría una de mis coronas feudales y uno de mis estados en la montaña.

—¿Por qué? Despachaos.

Dijo el Fraile con su acostumbrada impaciencia.

—Por un retrato.

Exclamó Guido.

—¿Por un retrato?

Preguntó Lippi, que ya se habia comido la partida.

—Repito, contestó Guido insistiendo, que por un retrato.

—Por el retrato ¿de quién?

Preguntó Filippo.

—Por el retrato de Lucrecia Butti.

El buen pintor perdió al pronto la luz de los ojos, sufriendo un verdadero vahido. Pero pronto se repuso. y dijo:

—Señor. como queráis.

—¡Oh! Á difícil cosa os habeis comprometido.

—Cuanto en lo humano pueda hacerse, yo lo haré.

—Lo creo y lo cree conmigo todo el mundo. Mas, para pintar á Lucrecia, se necesitaría un pincel divino.

—Lo creo, y en tal caso, nada puede hacer quien es tan humano como yo, y nunca ha pretendido traspasar los límites que encierran y contienen á la humanidad dentro de su incurable contingencia.

—Pero todavía, dijo la Priora, no ha dicho Guido el mayor inconveniente.

—¿Cuál?

Preguntó Guido.

—Que difícilmente, muy difícilmente Lucrecia se dejaría retratar. Es casi imposible.

—¿Por qué?

—Su pudor, su recato.....

Exclamó la Abadesa.

—Su eterno encierro en una celda, cuando vienen por aquí ciertos pájaros.

Añadió Berta, cohibida por la mirada imperiosa de la Priora.

—En fin, hermano, si podeis conseguir un retrato, yo os prometo joya que valga un reino.

—Señor, ignoro si lo conseguiré. Pero, de conseguirlo, creedlo, preferiría

á todo premio la aprobacion de la retratada, el aplauso del Convento, y vuestro inapreciable aprecio.

—Pero ¿quién ve á Lucrecia?

Preguntó Gasparo.

—Difícil es.

Dijo la Priora.

—Sobre todo, cuando aquí se halla su frustrado esposo.

Añadió Gasparo.

—Vámonos.

Exclamó Guido, malhumorado por las bromas de su escudero.

—El cielo os guie.

Dijo la Priora.

—Con vos se quede.

Exclamó Guido.

—El diablo viene con nosotros, segun el humor que gasta mi amo.

Dijo Gasparo.

—Con que, lo dicho, dicho.

Añadió el caballero feudal volviéndose hácia el fraile pintor.

—Entendido.

Repuso éste.

—Ya verás, murmuró Sor Berta al oido de su compañera, ya verás como Lucrecia se aparece por el locutorio en cuanto esos dos señores desaparezcan por el horizonte.

—Filippo, dijo la Priora, el renombre que teneis crece de dia en dia. Nuestro Convento será bendecido y admirado, así que tengamos la dicha de poseer uno de vuestros cuadros.

—Yo os diré, señora, en qué consiste mi mérito, si alguno tengo; y os lo diré con la sencillez digna de Vuestra Maternidad y propia de mi naturaleza. Poseíamos pintores místicos de primer orden que en el puro amor de Dios inspiraban sus cuadros. Aquellas pinturas eran visiones angélicas adivinadas en la maceracion de las acerbos penitencias y en el deliquio de las religiosas plegarias. Vino mi inmortal maestro, vino Masaccio, y dijo que existía otra fuente de inspiracion, la vida real; y otro tipo de hermosura, el humano cuerpo. Absorto en esta contemplacion de la figura, no vió más allá, no pensó que aun dejaba espacios infinitos y mares insondables en las sombras de lo desconocido ó por lo menos en el silencio y en el apartamiento en que yacen todos los seres y todos los objetos. no reproducidos y no animados por el arte. Yo traté de pintar la figura humana tan solamente como su génio la habia pintado. Pero, además, traté de otra cosa mas importante si cabe todavía, traté de asociar á la figura humana lo mismo que la Naturaleza le ha asociado, además del arte y de la luz, la tierra sembrada de flores, el ave que sobre las flores gorgea, la mariposa que se baña en los

aromas y se pinta las ténues alas en los jugos de las plantas, las abejas que liban la dulce miel, toda la vida exuberante que rebosa en el inmenso Universo. Así puede decirse que yo he añadido á la pintura la vida. Por eso mi amor es el campo. Por eso yo me iría sin reposo á través de majadas y oteros á oír los caramillos del Dios Pan que resucita; y á través de las viñas á embriagarme con el vino nuevo y á agitar sobre mi cabeza el tirso ceñido de pámpanos como los antiguos bacantes.

Las monjas de Santa Margarita escuchaban con verdadero éxtasis tan extraña oracion pagana dicha en la sacristía de un monasterio, y el bueno de Serafin, no queriendo, en su natural caridad, verlas en trance tan extraño, distrajo la conversacion de la filosofia del arte que profesaba Lippi para llevarla á otra esfera mas práctica, los cuadros del gran maestro.

—Con esos ú otros principios, dijo, pues el artista jamás razona bien lo que ejecuta, Filippo, á sus cortos años, ha llenado de cuadros Iglesias y Monasterios. En su propia casa religiosa ha pintado con admirable verdad la confirmacion de la orden de los Carmelitas por el Papa. En la pilastra que sostiene el órgano de su Iglesia, ha trazado un San Marcial querido y celebrado por toda Florencia. Cosme de Médicis le ha dado su amistad, como á los mejores artistas, el dia que ha visto en su propia capilla un Nacimiento que tiene toda la angélica dulzura propia de este religioso idilio. Diríase que se oye cantar á los ángeles. Las muchedumbres acuden á Santa María Primerana en la plaza de Fiesole para admirar la Anunciacion y el Angel de una hermosura verdaderamente celestial. En la sacristía del Santo Espiritu resplandece hermosa Virgen recién surgida de su fecunda paleta. Coros de ángeles se elevan sobre su frente y legiones de santos rezan á sus piés. Y no sabe uno qué admirar con mas profunda admiracion, si la melodiosa ternura de aquellos ó la austera severidad de estos. Por todas partes, por donde quiera que va, deja obras maestras de su mano y resplandores celestes de su génio.

Poco antes de terminar Serafin estas palabras apareció, como habia anunciado Berta, en el locutorio, Lucrecia. Su hermosísima figura, envuelta en largos blancos cendales, resaltaba en las oscuras sombras. Aquellos ojos, que tantas pasiones inspiraran en el mundo, resplandecian con luz nueva en los claustros como las estrellas en las noches. Diríase que derramaba en torno suyo una misteriosa esencia y que el crugir de su traje, el tranquilo respirar de su pecho, y hasta el compás de sus pasos producian dulcísima sonata. Era Lucrecia una hermosura completamente armónica: armonía entre su alma y su forma, armonía en su bellissimo cuerpo, armonía en la voz, armonía en la palabra, armonía en las ideas y en los sentimientos. Mas que á una mujer asemejábase á una musa, á una aparicion. Lippi sintió un sacudimiento como eléctrico al ver aquella hermosura por la cual

suspirara toda su vida. De un salto se plantó junto á la reja dorada y se agarró á sus áureos barrotes.

—Señora, dijo Filippo, dirigiéndose á la Abadesa, como ante todo soy artista, admiro la hermosura que me inspira con su presencia religioso fanatismo. Bellezas como las que veo por este Convento no deben, no, pertenecer á la tierra, sino como trasunto del cielo. Cuando Dios quiere mostrar á los mortales alguna sombra del divino ideal, envia una mujer, de cuya frente bajasobre nosotros, á manera de rayo invisible, que traspasa nuestro cuerpo, como el sol traspasa el cristal, aquellas inspiraciones sobrehumanas vivificadoras de las obras eternas. Dejarme copiar la faz que yo escoja entre todas las que ahí lucen, y las estrellas se pararán á contemplarla, y al descender los ángeles cristianos del empíreo como al levantarse los dioses paganos del sepulcro, dirán á una que en ningun tiempo hubo perfeccion como la que yo puedo recoger en mi paleta y transmitir á los siglos.

La campana del Monasterio llamó á coro, y la Priora despidió á Lippi diciéndole que volviera pronto para convenir en el comienzo de los trabajos contratados. Filippo temblaba como un azogado, en tales términos que necesitó el brazo de Serafin para salir de la sacristía. En cuanto á Lucrecia ya nos dirá ella misma lo que pasó por su alma. En este momento no hacia mas que frotarse los ojos como si estuviera deslumbrada y quisiese ahuyentar de ellos alguna seductora imágen que creía tener en la retina cuando realmente la llevaba impresa en el corazon.